



QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Ay de mí si no anuncio el evangelio”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario. Insisto en ello por dos razones: la primera y más importante porque es en los textos bíblicos donde nos alcanza la Palabra de Dios. El comentario no pasa de ser eso: un “comentario” entre otros posibles. La segunda razón es porque permite entender las referencias, a veces implícitas, que el comentario hace al texto bíblico.

Lecturas: Job 7,1-4. 6-7; 1 Corintios 9,16-19. 22-23; Marcos 1,29-39

Impresionante la presentación inicial que hace de Jesús el evangelio de Marcos. Un día sábado, que había comenzado en la sinagoga enseñando lo que la gente reconoció como “una doctrina nueva”, y liberando a un hombre “poseído por un espíritu inmundo”, continúa sanando a una mujer, la suegra de Simón, y, ya al atardecer, acogiendo a “todos los enfermos y endemoniados”, a los que curó. Con razón indica Marcos que “la ciudad entera estaba agolpada a la puerta de la casa”. La novedad de la doctrina de Jesús parece residir, al menos por el momento, más en su capacidad de acoger y sanar a toda clase de personas que, de una u otra manera, padecen y sufren. Si bien Marcos no ha explicitado ningún sentimiento de Jesús ante el sufrimiento de la gente, sí podemos descubrirlo en su atención y disponibilidad para atender con amor y paciencia a las personas que van llegando, “curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades”. Según vaya avanzando el texto constataremos que se trata, más que de un poder misterioso (mágico) para curar, de una “compasión” entrañable ante el sufrimiento humano y de una vocación para humanizar y dar mayor calidad de vida en el nombre del Dios de la vida, el Padre.

La primera lectura está tomada del libro de Job. Éste se lamenta de su situación desgraciada a causa de la enfermedad y el sufrimiento, para la que no encuentra explicación, ni le convencen las razones que sus amigos le ofrecen. El libro viene como a describir simbólicamente a la humanidad sufriente, que reclama una explicación humana o religiosa, al menos una comprensión de los amigos. Desde su fe religiosa tradicional Job se enfrenta con Dios como si fuera él el causante de su sufrimiento. Le cuesta llegar a descubrir que Dios no castiga, ni se complace en el sufrimiento humano;

* Ciclo A

Dios está al lado del que sufre. El texto no sólo se refiere al sufrimiento corporal, físico. Se duele del desamparo humano, del que pierde la esperanza de días mejores: “mis días se consumen sin nada de esperanza...mis ojos ya no verán la dicha”. Uno reconoce, reflejada en el texto, la congoja y la turbación de tanta gente, que en su postración se siente abandonada, resignada, sin futuro mejor para ellos y para sus hijos. Así sucedía también en el tiempo de Jesús.

En cualquier parte por dónde camina se topa con el sufrimiento humano: salió de la sinagoga hacia la casa de su amigo Simón y le informan que la suegra estaba delicada, “con fiebre”, sin especificar la enfermedad. Simplemente “le hablan de ella”, no le piden ni sugieren nada. La reacción: “se acercó y, tomándola de la mano” es pura iniciativa de Jesús. Hay que reconocer allí un buen modelo de oración: no pretende indicar a Dios lo que debería hacer ante nuestra necesidad, sencillamente “hablarle de ella” y confiar en su bondad. El gesto de Jesús –“tomándola de la mano”- que se repite más tarde con otra mujer, la hija de Jairo (5,41), expresa su gran delicadeza y consideración en el trato con aquellas mujeres. En el caso de la niña pide a sus padres que le den de comer (5,43); en el caso de la suegra de Simón “ella se puso a servirles”. Los exégetas llaman la atención de que las palabras empleadas en los dos episodios para decir que a la mujer “la levantó” y a la niña “levántate” son las mismas que se emplean para hablar de la resurrección de Jesús. Las acciones de Jesús apuntan más allá y más hondo. Son “signos” de una vida nueva y plena, la del Resucitado, que se manifiesta ya desde ahora en la disposición para el amor y el servicio. Así lo testimonia Jesús de sí mismo: “no para ser servido, sino para servir” (Mc.10,45) y lo recuerda Marcos de la suegra de Simón; “se puso a servirles”. En los dos casos se emplea en el original griego el mismo verbo para designar el servicio.

La acción que Jesús había realizado en la mañana en la sinagoga conmocionó a toda la ciudad (1,28) y la congregó en torno a la casa donde estaba Jesús, especialmente “todos los enfermos y endemoniados”, es decir, los -según el pensar de la gente- dejados de la mano de Dios. Ya no buscan salvación en la sinagoga, sino en la casa donde se encuentra Jesús, o de manera más precisa “a la puerta”, es decir en el contacto personal con Jesús. Es sugerente imaginar en aquella noche a Jesús rodeado de la gente sufriendo -y mal vista- de la ciudad y cómo “muchos” quedaban curados de sus enfermedades y liberados de sus demonios. ¿No es algo así lo que Juan XXIII quería expresar con “una Iglesia de los pobres” y lo que Francisco sugiere al hablar de una Iglesia “hospital de campaña”? Una Iglesia que acoja las personas, con sus sufrimientos y con sus aspiraciones a una vida humana saludable con sus derechos y reivindicaciones. En este tiempo de crisis y de desaliento el proyecto promovido por la Iglesia “Resucita Perú” puede ser una buena concreción que convoque, anime y aglutine iniciativas.

Finalmente, el texto concluye con un dato más, muy importante para descubrir la rica personalidad de Jesús y para entender su “seguimiento”. “De madrugada, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí se puso a hacer oración”. Luego, ante el reclamo de los discípulos para que retorne al lugar del éxito: “todos te buscan”, Jesús responde que hay que ir “a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique, pues para eso he salido”. Curaciones, oración, predicación: entrelazadas

constituyen el tejido de la vida de Jesús, forman una unidad, se enriquecen mutuamente y dan sentido al conjunto de su misión, “para eso he salido”. Lucas en el texto paralelo lo formula diciendo: “pues para eso he sido enviado” (Lc.4,43). Llama la atención y es sugerente considerar ese apretado día de Jesús: sinagoga, casa de Simón con atención a la suegra de éste y larga sobremesa, “hasta el atardecer”, paciente acogida y curaciones a enfermos y endemoniados para culminar, al amanecer, en intensa oración al Padre para salir de nuevo y continuar la predicación. En medio de tanta actividad, la oración intensa, -“un lugar solitario”- para abrirse a la voluntad del que le ha enviado. En ella discierne que el éxito -“todos te buscan”- no es el criterio, sino la necesidad de los “otros pueblos”. Vayamos conociendo mejor a Jesús y descubriendo claves para el seguimiento.

En la lectura de la Carta a los Corintios esta vez encontramos una sintonía con lo descubierto en la lectura del evangelio. Pablo, auténtico seguidor de Jesús, ha centrado su vida y ministerio en el anuncio del Evangelio. “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. ¡Ay de mí, si no anuncio el evangelio!”. Es la vocación de todo discípulo, es la vocación y sentido de la Iglesia. Y precisa que eso implica una “entrega” generosa a todos, y especialmente “a los débiles”, como había aprendido de Jesús.

Las lecturas del domingo nos dejan planteadas unas buenas preguntas para reflexionar: ¿Cómo conjugo en mi vida la actividad en servicio a los demás y la oración? ¿qué tan importante y central es para mí, como seguidora y seguidor de Jesús, el anuncio del evangelio? ¿cómo se expresa en mi relación con los demás, especialmente con “los más débiles”, el testimonio y la palabra?